



Nuño Domínguez

Antes del inminente final de la peor epidemia de enfermedad por virus del Ébola de la historia, el mundo ya se enfrenta a un nuevo virus emergente. El Zika está muy lejos de ser tan letal y peligroso como su antecesor, pero su aparición ha obligado a tomar medidas tan excepcionales como recomendar a las mujeres que no se queden embarazadas en los países afectados. Como suele suceder en estas crisis, era muy difícil, si no imposible, predecir que un virus acabase afectando a los humanos de una forma tan poco habitual y a la vez tan fundamental para nuestra especie.

Una de las lecciones del Ébola fue que los países ricos se apresuraron a preparar sus fronteras ante posibles viajeros infectados. La epidemia aún no había mostrado toda su letalidad cuando ya había analistas que lanzaban un supuesto mensaje tranquilizador: el virus del Ébola no suponía un peligro para los sistemas sanitarios competentes. Era una triste forma de decir, como luego se vio, que la apabullante cuenta de más de 11.000 muertes por el patógeno se concentraría en los países pobres, sin apenas recursos y a los que Occidente envió ayuda humanitaria y efectivos demasiado tarde.

Un estudio reciente ha calculado que haber llegado únicamente un mes antes con un artículo de primera necesidad como eran las camas habría evitado más de 12.000 contagios solo en Sierra Leona. Y aun así, durante el debate sobre el tratamiento informativo de la crisis del Ébola organizado por la Fundación Dr. Antonio Esteve que motiva esta publicación, Luis Encinas, de Médicos Sin Fronteras, relató cómo algunos hospitales estaban tan saturados que había que poner a dos y tres enfermos en el mismo lecho, una realidad que apenas nos llegó a Occidente.

Casi terminada la crisis, un voluntario de una de las organizaciones no gubernamentales que participaron en los primeros meses de la epidemia me contó que alguno de los hospitales de campaña levantados por los Estados Unidos estaban vacíos y sin uso debido a la tardía intervención y posiblemente a la mala planificación.

Otros países han dejado claras sus prioridades ante la epidemia, probablemente sin quererlo. España, por ejemplo, gastó 10 veces más dinero en protección contra el virus del Ébola dentro de sus fronteras (tres casos) que en los países africanos afectados (decenas de miles de casos), según un informe de ISG Global.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ha declarado el Zika como emergencia global mucho antes de que se conozca el verdadero alcance del virus. De hecho, aún no hay evidencias de su conexión con el alarmante número de malformaciones cerebrales detectadas en bebés en Brasil, el país más afectado. Hay expertos que dicen que se ha actuado bien y que la medida adoptada por el país carioca y otros de su entorno al pedir a sus mujeres que no se queden embarazadas es la correcta. Pero quedan dudas sobre si la decisión de la OMS ha estado alimentada al menos en parte por las críticas recibidas por su tardío despertar ante la epidemia de Ébola, y sobre hasta qué punto la alarma está inflando el número de casos posibles de forma artificial. En otras palabras, como es habitual en estas crisis, es difícil decir hasta dónde llega lo estrictamente sanitario y dónde comienza lo político.

A pesar de su crudeza, lo peor del virus del Ébola puede estar por llegar. En parte se debe a que el desbordamiento de los sistemas sanitarios de Guinea, Sierra Leona y Liberia ha po-

dido causar profundas crisis de salud paralelas, por ejemplo en términos de muertes infantiles, infecciones, etc. Solo los casos de malaria desatendidos han podido provocar 10.000 muertes adicionales, según una proyección de Imperial College.

Desde el punto de vista informativo, con el Ébola hemos visto cosas que recuerdan a lo que sucedía en los conflictos armados, cuando a los periodistas «empotrados» en unidades militares solo se les permitía ver una parte de la realidad. En España, que recibió a dos misioneros infectados y sufrió el primer contagio registrado en Europa, la disposición informativa del gobierno en los primeros momentos fue casi nula. Y la reacción de los medios, aceptando en su oferta

informativa esos viajes organizados a los países del Ébola o persiguiendo ambulancias por Madrid en busca de la información que no obtenían de fuentes oficiales, no fue la mejor.

Probablemente la epidemia de Zika nos vuelva a mostrar nuevas debilidades de nuestras sociedades ante crisis sanitarias globales; por ejemplo, la ciclotimia en el momento de reaccionar o que las decisiones dependan más de la política que de la salud. Ojalá que además sirvan para que Occidente entienda el mensaje de fondo tras cada crisis sanitaria, de refugiados, bélica e incluso climática: la única forma de estar preparados para la próxima pandemia es reducir la inmensa brecha existente entre los países ricos y los países pobres.